

LA VIDA COTIDIANA EN TIEMPOS DE FRANCISCO DE BORJA (1510-1572)

MARÍA DE LOS ÁNGELES PÉREZ SAMPER
Universitat de Barcelona

233

MARÍA DE LOS ÁNGELES PÉREZ SAMPER

La vida cotidiana no es cuestión menor, una colección de anécdotas, una historia de banalidades. La vida cotidiana es un signo importante de la manera de entender la vida y de vivirla, sea un individuo, un grupo o una comunidad. Por importante que sea una persona y por muchos que sean los actos importantes en su vida, su biografía se teje a base de una larga serie de pequeñas acciones, actividades, decisiones, del día a día, aparentemente pequeñas, casi intrascendentes, pero que tienen un significado y que favorecen o dificultan las grandes acciones y decisiones. Son los valores y las ideas grandes e importantes los que dirigen una vida, pero también las pequeñas cosas tienen su importancia; derivan de lo grande, pero también lo marcan.

No siempre es fácil conocer la vida cotidiana. Incluso cuando se trata de un gran personaje como Francisco de Borja, la historia menuda del día a día queda con frecuencia escondida entre los grandes acontecimientos. Es preciso reconstruirla pacientemente a través de los pequeños detalles que nos ofrecen las fuentes de manera desperdigada o acudir al contexto general para suplir lo mucho que falta. En este caso, además de incorporar informaciones de diversos archivos, nos hemos basado fundamentalmente en la biografía de Cienfuegos, muy posterior a la vida del santo duque, pero que se basó a su vez en la biografía del padre Dionisio Vázquez y consultó fuentes importantes de varios archivos jesuitas.¹

El primero, que escribió sus admirables virtudes, por orden de los Superiores, fue el Padre Dionysio Vazquez, Jesuita Provincial de Andalucía, varon de raro exemplo, a quien el mismo San Francisco de Borja eligió para Confessor de la Reyna de Portugal Doña Catalina: Confessor del Santo, y Compañero suyo muchos años en España, y en Roma, en cuyo seno, y trato intimo bebió la admiración con que habla de su santidad; pero no llegó a la estampa [...]. Pero la Providencia [...] dispuso, que nos quedasen aquellos testimonios autenticos, para que de ellos copiasen después otros pinceles los mas fieles retratos. Y oy esta en mi poder su original, donde principalmente bebe mi pluma lo que escribe; como también de las informaciones, y procesos para su Canonizacion,

1. Álvaro CIENFUEGOS, *La Heroyca vida, virtudes, y milagros del Grande San Francisco de Borja, antes duque Quarto de Gandía; y después Tercero General de la Compañía de Jesús*, Madrid: Imprenta de Bernardo Peralta, 1726, p. 13.

y de otros papeles originales, que hallè recogidos en el grande Archivo de el Colegio Imperial, apoyando con testimonios tan jurídicos todo lo que escribimos de sus glorias.²

A continuación cita Cienfuegos a otros biógrafos y autores que escribieron sobre Francisco de Borja, como el padre Pedro de Ribadeneyra, el padre Virgilio Cepari, rector del colegio de Florencia, Philipo Ghisolfi, el padre Eusebio Nieremberg, el padre Verjur, el padre Daniel Bartoli. En sus obras y en nuevos documentos hallados en los archivos se documentó Cienfuegos para escribir su gran biografía. Estas biografías, más exactamente hagiografías, independientemente de su rigor histórico, tienen el valor añadido de presentar un modelo de vida y presentarlo como ejemplo a seguir. Son, pues, testimonios más o menos exactos de la vida de Francisco de Borja y son, además, testimonios de los valores de aquel tiempo, de aquel que era en la época el modelo de vida ideal, el modelo de santidad.

Para la vida de Francisco de Borja contamos con numerosos testimonios documentales, tanto para la primera parte de su biografía, los años en que fue un joven noble, un cortesano, virrey de Cataluña, duque de Gandía y grande de España, como para la segunda parte, como jesuita, comisario para España y Portugal y general de la Compañía de Jesús.³ La información es mucho mayor para su vida pública y oficial que para su vida cotidiana y privada, por lo que el recurso a las biografías y hagiografías resulta un complemento muy útil.

Vida pública / vida privada, vida oficial / vida cotidiana, vida activa / vida contemplativa, Francisco de Borja tenía muy presente la dicotomía que nos presenta el Evangelio entre Marta y María, como indican sus frecuentes referencias. Inclinado Francisco hacia la vida contemplativa, se vio obligado a llevar una vida muy activa, que no siempre resultaba fácil de compatibilizar con el recogimiento que él deseaba. En el episodio evangélico, María representa la vida contemplativa, la vida espiritual; Marta, la vida activa, que es también la vida cotidiana, el quehacer de cada día, de las cosas pequeñas. Aunque María haya elegido la mejor parte, también la opción de María es válida; Marta y María están las dos cerca de Jesús, por las dos vías se puede avanzar en el camino de la vida y en el camino de la santidad. De igual manera, en la vida de Francisco ambas vías estarán siempre presentes de una u otra manera.

Otra cuestión importante es que no hay una vida cotidiana, hay muchas vidas cotidianas, que dependen –como todo en la historia– del tiempo y del espacio: hay una vida cotidiana del siglo XVI, diferente a las vidas cotidianas de otros siglos. Hay vidas cotidianas según los lugares: Gandía, Baza, Tordesillas, Toledo, Barcelona, Lisboa, Roma... Hay vidas cotidianas diversas según el grupo social: no es igual la de un noble que la de un campesino, y dentro de la nobleza no es igual la de un noble cortesano que la de un noble que ocupa el cargo de virrey; tampoco es igual la de un laico, esposo y padre de familia, que la de un eclesiástico, y dentro del clero, la de un párroco de aldea que la de un cardenal y, por supuesto, la de un jesuita.

Francisco de Borja tuvo muchas vidas cotidianas, según las diversas épocas de su vida, según sus cargos y obligaciones, según los lugares que habitó, pero básicamente tuvo dos estilos de vida cotidiana: una primera como noble, como cortesano, como virrey de Cataluña, como duque de Gandía, y una segunda como jesuita. Lo significativo es que al cambiar su vida espiritual, cambió también su vida cotidiana, por lo que estudiar su vida cotidiana no es recoger un simple anecdotario, sino seguir el camino de su vida y de su conversión. Hombre del Renacimiento, santo de la

2. *Ibidem*, «Introducción».

3. MHSI *Borgia*, VI-VII.

Contrarreforma, vivió dos vidas, ambas intensas y apasionadas.⁴ Francisco de Borja fue un hombre extraordinario, excepcional, en el mundo y en la vida religiosa, pero también él vivió días comunes y corrientes. También vivió una vida cotidiana, muchas vidas cotidianas.

NIÑEZ Y JUVENTUD

Nacido en Gandía el 28 de octubre de 1510, Francisco era descendiente de un gran linaje, los Borja. Era el hijo primogénito de Juan de Borja, III duque de Gandía y de su esposa Juana de Aragón. Por línea paterna era bisnieto del papa Alejandro VI y por línea materna del rey Fernando el Católico. El matrimonio tuvo seis hijos más, por lo que Francisco formaba parte de una gran familia. Pero su vida familiar fue corta, pues su madre murió en 1520, dejándole sin el cuidado y el cariño maternal, cuando todavía era muy pequeño, aunque preocupándose de dejarle un legado que contribuyera al mantenimiento de la vida noble en que debía crecer, de acuerdo con su linaje. En el testamento materno se le asignaba una dote de 19.600 libras valencianas como herencia.⁵ Pese a la pérdida de su madre, contó con el apoyo y el afecto de varias mujeres de su familia, que fueron muy importantes en su vida: su abuela y sus tías. Su abuela paterna era María Enríquez de Luna, quien al poco de nacer Francisco, en 1511, dejó el gobierno del ducado a su hijo Juan y a su nuera Juana e ingresó en el convento de Santa Clara de Gandía con el nombre de sor Gabriela. Se convertiría en abadesa del mismo en el año 1530. Su tía Isabel de Borja entró igualmente en Santa Clara el mismo año 1511. Su abuela y su tía monjas tendrían una gran influencia en Francisco y éste estuvo desde niño muy ligado al convento de Santa Clara.

Francisco recibió una educación esmerada, propia de un noble renacentista, en una corte ducal lujosa y aficionada a las artes y a las letras. Como era habitual, en su educación se concedía gran importancia a su formación religiosa, que su padre confió a un preceptor, el Dr. Ferran. Según sus biógrafos manifestó desde niño una gran inclinación por la religión. «De cinco años sabía con mucha perfección la Doctrina Christiana, y tenía por ejercicio deleitoso repetirla cada día». No sólo aprendía la doctrina, sino que también era muy devoto y practicaba obras de caridad, como visitar a los enfermos de los hospitales. Su padre no veía bien tanta devoción: «El Duque [...] sentía mucho ver a su hijo tan religioso y dixo no pocas veces al Dr. Ferrán, que aquella educación mas era para una vida solitaria o a lo menos para la Iglesia, que no para ser Duque de Gandía».⁶

A la temprana muerte de su madre en 1520, le seguiría una nueva adversidad, que afectaría gravemente su vida. En 1521, cuando sólo tenía diez años, hubo de abandonar su hogar y huir apresuradamente de Gandía, por causa de la guerra de las Germanías. Tras la batalla de Vernissa, la casa de los duques de Gandía fue saqueada y quemada. Los lujos y comodidades de su vida nobiliaria quedaron atrás. Entre los bienes robados se encontraban muchos objetos valiosos que indicaban el alto nivel de vida de la familia. Telas de diversas calidades: sedas, rasos, brocados, holandas, chameletes, felpas... Rico vestuario, como era propio de una casa ducal: una camisa con bordados de oro, una saya, una estola, una aljuba ricamente decorada, un sombrero con adornos de plata. Abundante ropa de casa: toallas, cortinajes. Ricos objetos de oro y de plata. Caballos, imprescindibles para la nobleza, y diversos animales de carga. Muchos alimentos: desde el pan cotidiano al producto más

4. Eugenio GARIN (ed.), *El hombre del Renacimiento*, Madrid: Alianza, 1990.

5. AHN, Osuna, C.P. 48. D2.

6. CIENFUEGOS, *La Heroyca vida...*, p. 14.

exquisito y apreciado de la época, que en tan gran cantidad y de la mayor calidad se producía en Gandía, el azúcar.⁷

Juan de Borja y Enríquez, que había sido nombrado en 1520 grande de España por Carlos V, se casó en segundas nupcias con Francisca de Castro de So y de Pinós el 13 de marzo de 1523, teniendo otros doce hijos, hermanastros de Francisco. Tras pasar unos pocos años en diversas residencias, entre ellas un año en Zaragoza, junto a su tío Juan, que era arzobispo de la capital aragonesa desde 1520, la familia decidió enviar a Francisco de Borja a servir en la corte de la reina Juana en Tordesillas, para que allí se educara como un noble cortesano, heredero de una gran casa. Pero aquella no era una corte alegre y festiva, era más bien un triste encierro, donde se mantenía recluida a doña Juana, afectada de un serio desequilibrio mental que la incapacitaba para reinar. Acompañada de su hija menor, Catalina, y de un reducido séquito. Como menino de doña Juana y de doña Catalina, Francisco se ejercitó en el cultivo de las armas y las letras: «En Tordesillas daba al ejercicio de las armas y de las buenas Letras todo el tiempo que le dexaban libre las atenciones de Palacio».⁸ Esta etapa inicial de su formación cortesana, que duró unos tres años, terminó en 1525, cuando la infanta Catalina marchó a Portugal para casarse con el rey Juan III. De esos años quedará una estrecha relación con las dos damas, que ampliará el interesante universo femenino que rodeará a Francisco en la primera etapa de su vida.

Francisco, que tenía quince años, fue enviado entonces a Zaragoza para completar su formación bajo la dirección de su tío el arzobispo. Durante los dos años largos que pasó allí se concentró en el estudio de la filosofía, con gran aplicación: «Tenía el Arzobispo prevenido para maestro suyo al Dr. Gaspar Lax, uno de los mejores Philosophos que celebraba Aragón en aquel tiempo [...]. Entregose D. Francisco a este afán literario con tal conato, como si la fortuna no le hubiese dexado otro rumbo».⁹ Su vida cotidiana en estos años iniciales de formación era la vida típica de un joven noble que realizaba sus estudios y que se preparaba en la doble vía de las letras y las armas, para ocupar la elevada posición social que le correspondía.¹⁰ De 1526 a 1527, Francisco y su hermana María se hallaban en Zaragoza al servicio del vizconde de Évol.

NOBLE Y CORTESANO

Tras su etapa dedicado al estudio en Zaragoza, la familia decidió enviar de nuevo a Francisco a la corte, ya no para educarse, sino para hacer carrera como cortesano, pues era en la corte, en la cercanía del rey, principal foco del poder en la Edad Moderna, donde un noble podía enriquecerse y promocionarse. Pero ya no iba a una corte triste y encerrada como la de la reina Juana en Tordesillas, sino a la brillante corte itinerante del joven emperador Carlos V, llena de fiestas y diversiones. Francisco dedicó entonces su vida a servir a su señor y a seguirle en sus juegos de guerra:

Como el Cesar era tan aficionado a regocijos públicos, y mas a aquellos en que el valor Militar se remeda, o se ensaya; concurrían todos los Señores en estos juegos con generosa competencia, esmerándose cada uno en los caballos, en la destreza y en la gala [...]. Don Francisco sobresalía entre todos [...]. En las mas de las justas, torneos y otros juegos, en que se manejaban diestramente Armas y Caballos, salía el más glorioso por sentencia del Emperador, y otros Juezes, llevándose aquella Joya o premio, que señalaban al victorioso.¹¹

7. AHN, Osuna, C.4101-D1 y C.567-D1.

8. CIENFUEGOS, *La Heroyca vida...*, p. 22.

9. *Ibidem*.

10. Agnes HELLER, *El hombre del Renacimiento*, Barcelona: Península, 1980.

11. CIENFUEGOS, *La Heroyca vida...*, p. 27.

Francisco de Borja había llegado a la corte imperial justo al poco de casarse don Carlos con doña Isabel.¹² Y muy pronto se ganó la confianza de ambos, especialmente de la emperatriz, que le distinguió con su favor:

Como sus prendas sublimes y raras virtudes [...] merecieron la gracia y toda la sombra de la Emperatriz Doña Isabel, y no menos la del Emperador, que comenzaron a mirar a Don Francisco con singular aprecio: a fiar de su comprensión y talentos algunos negocios arduos y a ser panegiristas suyos, poniéndole por dechado a todos [...]. Y así hablando de este valimiento dize el P. Dionisio: Apenas creer han los que no le vieron la gran privanza que le dio a D. Francisco en su corazón, y en su Casa Imperial, y el amor con que le miraba.¹³

Llegó a ser «gran privado» del emperador y fue nombrado caballerizo de la emperatriz. Francisco de Borja correspondió a este favor sirviendo a los emperadores con absoluta lealtad y profesando a la emperatriz verdadera devoción, dentro de las reglas más estrictas del amor cortés de un joven caballero por su dama ideal.

Se convirtió en el fiel compañero y guardián de doña Isabel y su vida cotidiana consistía en estar permanentemente a su servicio, siempre pendiente de ella y del pequeño príncipe Felipe, nacido en Valladolid en 1527:

Su principal y continuo ejercicio dentro de Palacio por este tiempo era traer en sus brazos al Príncipe Don Phelipe, passandole desde los suyos y los de la Emperatriz: y volviendo a tomarle para divertirlo. Andaba lo más del día por Palacio oprimido con este agradable peso; y le tenía tanto amor el Príncipe Niño, que era menester violencia para arrancarle de aquel seno, en que estaba siempre alegre y descansaba gustoso.¹⁴

Francisco contaba 19 años cuando se casó, en 1529, con doña Leonor de Castro y Meneses, una dama portuguesa del séquito de la emperatriz. El matrimonio se hizo contra el parecer del padre, que deseaba otro tipo de enlace más ventajoso para los intereses familiares, pero prevaleció seguramente el interés de los emperadores por aproximar al joven cortesano al círculo imperial y la propia voluntad de Francisco de estrechar lazos con el entorno de la emperatriz. En 1530 nació el primer hijo del matrimonio, al que pusieron por nombre Carlos, en honor del emperador. Tuvieron ocho hijos. En esos años Francisco cuidaba de su familia y todavía más de la familia imperial. Permaneció al servicio de la corte más de una década, gozando de la total confianza de don Carlos y doña Isabel que, como testimonio de su complacencia, le nombraron marqués de Llombay en 1530. Esos años transcurrieron sobre todo en Valladolid. Acompañó también a la emperatriz en su viaje a Barcelona en 1532 para recibir al emperador, que regresaba de una de sus largas estancias fuera de España.

Llevaba una vida de cortesano, en el círculo más íntimo de la familia real. Sus distracciones eran las típicas de la nobleza, como la caza, sobre todo de cetrería, pero destacaba especialmente en la música, por la que sentía una gran afición:

Aplicó todo el ánimo a la Música y a la Caza, ejercicios ambos los más decentes y los más oportunos a su estado y a sus años. Tenía la voz sonora y tan suave, que regalando los afectos blandamente, robaba toda la atención, y mucha parte del alma por el oído; y aprendiendo aora los mas diestros primores de la Música, llegó a ser uno de los más celebrados Maestros.¹⁵

12. María del Carmen MAZARÍO COLETO, *Isabel de Portugal, emperatriz y reina de España*, Madrid: Escuela de Historia Moderna, 1951.

13. *Ibidem*.

14. CIENFUEGOS, *La Heroyca vida...*, p. 37.

15. *Ibidem*, p. 40.

A lo largo de su vida compuso algunas obras de música religiosa, que alcanzaron bastante resonancia, si bien sólo se han conservado algunos motetes y una misa.¹⁶

Pero sus gustos y su salud delicada, por las fiebres recurrentes que le aquejaban, inclinaban a Francisco de Borja hacia aficiones más tranquilas, convirtiéndose en un gran amante de los libros y un gran lector de obras religiosas. En los ratos libres le gustaba leer a san Pablo, el Evangelio y las homilias de san Juan Crisóstomo:

Mandó comprar muchos Libros devotos y algunas Historias, particularmente las que refieren Exemplos y Vidas de los Santos; arrojó de su Casa los pocos Libros profanos y que sirven solamente de alegrar los pensamientos [...]. Quedó el Marqués tan aficionado a la lección de Libros provechosos, donde la discreción y el desengaño componen un mismo periodo, que no solamente dentro de Palacio, sino quando la tregua que daba la quartana, le permitia salir al Campo; llevaba consigo este piadoso alivio de sus males; apenas apartava de su lado la Sagrada Escritura, especialmente el Nuevo Testamento; y gustava de salir al Campo en Litera con el pretexto de su quartana; para ir recogido leyendo [...]. Luego que volvía a Palacio escrivia en un quadernillo secreto las consideraciones que mas le habían movido, y los favores con que Dios le havia regalado.¹⁷

El éxito que había logrado en las fiestas caballerescas a su llegada a la corte y la dedicación a la caza fueron decayendo al compás de los efectos de su vida regalada y sedentaria. Si aficionado a las justas y torneos era el emperador, igualmente lo era a los placeres de la buena mesa, y parece que también en eso seguía y imitaba Francisco a su señor. Una mesa espléndida era condición necesaria de la vida cortesana. Francisco, criado en la rica tradición culinaria del ducado de Gandía, que había gozado de gran prestigio desde la baja Edad Media, continuaría y aún ampliaría su afición a los placeres gastronómicos en los años que pasó en la corte imperial.¹⁸ De nada servirían las advertencias del médico del emperador, Luis Lobera de Ávila, que por aquellas fechas, en 1530, escribió una obra titulada *Vanquete de nobles caballeros*, en que explicaba el mejor estilo de vida de un noble cortesano, recomendando moderación:

Porque los caballeros y señores de España y de Francia y de Alemania como de Italia y otras partes usan agora y tienen mucho en costumbre de hazerse los unos a los otros banquetes y beber autan que agora dizen. Dire las cosas que el buen vanquete ha de llevar e los daños que de usarlos mucho se siguen y particularmente de cada cosa que en los tales banquetes entran y el daño y provecho que hazen y sus compassiones.¹⁹

Esta afición a comer mucho y a comer bien le llevó a engordar progresivamente y a sufrir las consecuencias derivadas de su obesidad, pues se hizo pesado y perdió la agilidad necesaria para los juegos y para la guerra. Francisco de Borja, que fue un galante cortesano, no fue un soldado, como se estilaba entre la nobleza de la época.²⁰ A pesar de sus ruegos, Carlos V no se lo llevaba con él a la guerra, como hacía con otros cortesanos. Finalmente, al estallar la tercera guerra contra Francisco I de Francia, logró en 1536 acompañar al emperador a la campaña de Provenza, aunque no llegó

16. Santiago LA PARRA LÓPEZ *et alii*, *Visitatio Sepulchri de Sant Francesc de Borja*, Gandía, 1998.

17. CIENFUEGOS, *La Heroyca vida...*, p. 45.

18. Juan Vicente GARCIA MARSILLA, *La taula del senyor duc. Alimentació, gastronomia i etiqueta a la cort dels ducs reials de Gandia*, Gandía: CEIC Alfons el Vell, 2010.

19. José M^a López PIÑERO, *El vanquete de nobles cavalleros (1530) de Luis Lobera de Ávila y la higiene individual del siglo XVI*, Madrid: Ministerio de Sanidad y Consumo, 1991.

20. Raffaele PUDDU, *El soldado gentilhombre. Autorretrato de una sociedad guerrera: La España del siglo XVI*, Barcelona: Argos Vergara, 1984.

a entrar en combate. Fue más diplomático que soldado, pero hubo de padecer la dura vida militar y las tragedias de la guerra. La mayor de todas para él fue seguramente la muerte de su amigo el gran poeta Garcilaso de la Vega. Garcilaso falleció en octubre de 1536 tras el temerario asalto a una fortaleza en Le Muy, cerca de Fréjus, en la que fue el primer hombre en subir la escala. Trasladado herido a Niza, murió en esta ciudad a los pocos días, asistido por su amigo Francisco de Borja.

Su vida, ordenada y tranquila, constituía el ideal de un noble cristiano, y gozaba de la más completa confianza de sus señores. Su familia fue creciendo. En 1538 nació en Toledo su octavo hijo. Continuó la vida cortesana varios años más, pero el punto final a esa etapa de su vida la iba a poner otra muerte, sin duda terrible para él, la de su venerada emperatriz. Isabel falleció en Toledo, el 1 de mayo de 1539, a consecuencia de un mal parto. El impacto fue tremendo para Francisco de Borja, mucho más por ser el encargado de la comitiva fúnebre, presidida por el pequeño príncipe Felipe, que debía acompañar los restos de la emperatriz hasta el lugar de su sepultura en la capilla real de Granada. Triste el largo viaje y doloroso el desengaño al reconocer el cuerpo de Isabel para el entierro: «Nunca más servir a un señor que se me pueda morir». Se cerraba una etapa de su vida y comenzaba otra muy distinta.

VIRREY DE CATALUÑA

Carlos V le premió sus servicios concediéndole la orden de Santiago y nombrándole virrey de Cataluña. De inmediato, Francisco de Borja dejó la corte acompañado por su familia y se trasladó a Cataluña. El jueves 14 de agosto de aquel año 1539 hizo el juramento acostumbrado en la ciudad de Tortosa, como primer lugar del Principado al que arribaba.²¹ El sábado 23 de agosto hizo su entrada solemne en la ciudad de Barcelona, siendo recibido por las autoridades catalanas de la Diputació del General y el Consell de Cent, tal como relata el dietario de la Generalitat de Cataluña:

En aquest die, après migjorn, entrà en la present ciutat de Barcelona lo il·lustre don Francesc de Borge, marchez de Lombay, com a loctinent general novament proveÿt per la sacra, cesàrea, catòlica y real magestat en lo present Principat de Cathalunya y comtats de Rosselló y Cerdanya. Al qual isqueren a rebre los senyors deputats y oÿdors de comptes, acompanyats dels officials y ministres del dit General, e·l speraren en la forma acostumada a la carnisseria de Sans, e el acompanyaren fins a la Creu Cuberta, hon lo speraven los honorables consellers de Barcelona; y, lexant-lo aquí, se'n tornaren fahent lo camí per lo monastir de Valldonzella.²²

Su entrada solemne culminó en la catedral, donde el virrey hizo el preceptivo juramento de su cargo: «E, entrant dit loctinent general en Barcelona, acompanyat dels dits honorables consellers y de molts altres, anà a jurar en lo altar major de la Seu de Barcelona, a hon lo síndich del dit General fon y presentà la protestació en la forma acostumada; y après anà al palau bisbal, hon tenia aparellat son aposento».²³ El martes 26, los diputados y oidores de la Diputación del General le hicieron la tradicional visita de cortesía en su residencia del palacio episcopal.

En Barcelona, el virrey no tenía una residencia fija, sino que se acomodaba en alguna casa que le cedía alguno de los personajes importantes de la ciudad. Aunque en los primeros días después de su llegada a Barcelona se alojó en el palacio episcopal, muy cerca de la catedral, Francisco de Borja

21. *Dietaris de la Generalitat de Catalunya*, 10 vols., Barcelona, 1994-2007, II, p. 1.

22. *Ibidem*.

23. *Ibidem*.

residió durante su mandato como virrey, de 1539 a 1543, en la Casa del Arcediano, situada frente a la catedral, una hermosa casa gótica que unos decenios antes, en torno a 1510, había sido remodelada por su entonces propietario, el arcediano mayor de la catedral y presidente de la Diputación del General Lluís Desplà i d'Oms (1444-1524). La casa, más amplia e independiente, le ofrecía mayor comodidad para desarrollar su vida pública como virrey y su vida familiar, con su mujer y sus ocho hijos; el último, Alfonso, era todavía muy pequeño. La remuneración de su cargo no era mucha, entre 4.000 y 5.000 ducados, por lo que en diversas ocasiones se lamentó por la falta de dinero.

Ser virrey de Cataluña no era tarea fácil. El Principado se hallaba en aquellos años sumido en una grave crisis económica. Situado en una zona de frontera con Francia, con la que la monarquía española se hallaba continuamente en conflicto, la amenaza bélica era permanente. En el otoño de 1540 habrá de ir a Perpiñán para ocuparse de la defensa del Rosellón. La tensión social se agudizaba por la llegada de una creciente emigración francesa. El constante peligro de ataques por mar de los piratas berberiscos acababa de complicar la situación. Para defender las costas, el virrey hubo de construir importantes fortificaciones y trató de colaborar en lo que pudo en la expedición contra Argel de 1541. Pero entre todas las dificultades, el bandolerismo era, sin duda, el principal problema al que habría de enfrentarse el virrey Francisco de Borja si quería restablecer la autoridad real en Cataluña, para poder desarrollar un buen programa de gobierno. Era un problema muy complejo que tenía aspectos sociales, económicos y políticos de difícil resolución y que generó gran violencia, alcanzando con sus ramificaciones y complicidades a muchas personas e instituciones.²⁴

Su vida de trabajo como virrey era dura y complicada, mucho más exigente que su anterior vida cortesana. Debía ocuparse de muchos y diversos problemas y lo hizo con gran dedicación, con la mejor intención de mejorar la vida de los catalanes, con medidas destinadas, por ejemplo, a asegurar el abastecimiento de trigo y la correcta fabricación del pan, esencial para el sustento de todos y en especial de las clases populares, que basaban su alimentación en el pan; a mejorar las escuelas, con el fin de ofrecer mejor enseñanza a mayor número de niños y jóvenes, y velar por la limpieza de las calles.²⁵

Sus obligaciones eran muy variadas y contradictorias. Había de estudiar y resolver muchos asuntos de despacho, lo que significaba dedicar una parte importante de la jornada a trabajar con papeles y tramitar documentos, lo que era una tarea muy sedentaria. Pero a la vez debía dirigir operaciones militares, en persecución de bandoleros por los campos catalanes. En una carta a Francisco de los Cobos, secretario de Carlos V, Francisco de Borja escribía: «Estamos muy aislados en estas montañas de Cataluña. Y le aseguro a Vuestra Señoría que tengo una gran necesidad de reposo, tanto me hacen correr estos bandidos por las montañas a pie y armado, y después de comer. Juzgue Vuestra Señoría qué cosa para mi barriga».²⁶ Y añadía: «Si este negocio no me ha enflaquecido, nada logrará hacerlo».

No le debía resultar nada fácil perseguir bandoleros por la montaña, pues seguía gustándole comer bien. En una carta de 1536 escrita por Francisco de Borja a Juan García, su procurador y racional en Valencia, sobre lo que ha de embarcar en las galeras, escribía: «Los vidrios de Barcelona, un par de empanadas de langostinos y alguna fruta [...]. Se acomoden los caballos en la carraca [...].

24. Enrique GARCÍA HERNÁN, «Francisco de Borja, virrey de Cataluña», en José MARTÍNEZ MILLÁN (coord.), *Carlos V y la quiebra del Humanismo político en Europa (1529-1558)*, 4 vols., Madrid: Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2001, II, pp. 343-360.

25. AHN, Osuna, CP.49 D13/ C13, nº 20-36.

26. Josep PIERA, *Francisco de Borja. El Duque santo*, Valencia: Ruzafa Show Ediciones, 2010, p. 65.

Todo se pague de las 70 libras que le han dado sus vasallos de Gandía». ²⁷ En estas breves líneas se adivina su preocupación por la alimentación y acaso su preferencia por las empanadas de langostinos.

Como virrey también estaba obligado a participar en actos oficiales, ceremonias y festejos, pero no parece que se prodigara demasiado. Fue invitado y asistió a la festividad de san Jorge, patrón de Cataluña, celebrada en el palacio de la Generalitat el 23 de abril de 1540:

Fon celebrada dita festa ab molta solemnitat. Dix la missa lo reverent señor don Hierònym de Requesens, bisbe de Elna, deputat eclesiàstich, ab sos diaca y sot-diacas, canonges de la Seu de Barcelona. Sermonà mestre Thomas Gusman, provincial del orde de preycadors. Foren presents en lo dit offici y primeras vespres lo il·lustre don Francesch de Borge, marquès de Lombay, loctinent general de sa magestat, lo bisbe de Sogorb y los magnífichs consellers de Barcelona ultra molts altres abats, cavallers y gentils hòmens. ²⁸

En función de las circunstancias del momento o de sus relaciones particulares, acudía a los actos más diversos; por ejemplo, en 1539 asistió en la catedral de Barcelona al funeral por la señora Elisabet Montbuy y Tagamanent, esposa de *mossèn* Berenguer d'Oms. ²⁹

Naturalmente, participó en las fiestas y ceremonias que tuvieron lugar en 1542 con motivo de la estancia en Barcelona del emperador y de su hijo y heredero el príncipe Felipe. Durante los días que duró la presencia real en Cataluña cesó en su cargo de virrey, como estaba establecido, y tras marcharse Carlos V volvió a ser confirmado en su cargo y prestó de nuevo el tradicional juramento en la catedral de Barcelona. ³⁰

Pero las fiestas eran acontecimientos extraordinarios. Su vida cotidiana en esos años que fue virrey de Cataluña era mucho más tranquila y privada que la que había llevado en la corte. Transcurría en familia, en su casa. De su vida doméstica era muy característica la sobremesa, en que se organizaba espontáneamente una tertulia familiar, en ocasiones con algunos invitados, charlando entonces de mil cosas, con frecuencia de temas religiosos: «Después de comer, se recreaba en conversaciones de espíritu, que llamaba su sosiego». ³¹ También dedicaba tiempo a la lectura de libros devotos, sobre todo al caer la tarde: «A la tarde, el tiempo que le dexaban libre sus ocupaciones, lo empleava en Libros espirituales, oyendo a Dios en ellos». ³² Y seguía muy aficionado a la música: «Tenía en su Palacio Música Eclesiástica, porque aquella armonía Sagrada le movía el corazón a subir mas alto con ella». ³³

De todos modos, la vida doméstica no siempre fue tranquila y feliz. Su esposa padecía enfermedades y depresiones que la incapacitaban para dirigir la administración y el servicio de la casa, lo que provocaba desorganización e intranquilidad. Francisco de Borja hubo de recurrir en ocasiones a otras mujeres de la familia para ayudarle a llevar los asuntos domésticos. En esos años barceloneses, por causa del precario estado de salud de su mujer y de la vida ascética que comenzó a llevar, cesaron las relaciones conyugales entre los dos esposos.

Su estancia en Barcelona fue muy importante para la biografía personal y espiritual de Francisco de Borja, pues fue entonces cuando cambió de vida y se transformó de un noble cortesano

27. AHN, Osuna, CP50. D13.

28. *Dietaris de la Generalitat...*, II, p. 5.

29. *Ibidem*, p. 3.

30. *Ibidem*, p. 13.

31. CIENFUEGOS, *La Heroyca vida...*, p. 73.

32. *Ibidem*.

33. *Ibidem*.

en un aspirante a la santidad. Su ideal era la vida contemplativa y estando en Barcelona emprendió un régimen de vida extremadamente severo, destinado a dominar el cuerpo mediante penitencias y mortificaciones, para hacer triunfar el espíritu.

Comenzó por intensificar su vida religiosa. Acudía casi diariamente a misa y comulgaba también casi diariamente, lo que llamaba mucho la atención, porque no era práctica común en la época y menos en un laico de su condición social y con un cargo como el de virrey. En la intimidad de su casa dedicaba mucho tiempo a la oración y a la penitencia:

De noche se recogía temprano en su aposento, porque había dexado las Cenas en este tiempo, y tenía aquellas horas desocupadas para el silencio de su retiro. Entonces su primer ejercicio era rezar el Rosario entero de María Santísima, hincadas las rodillas, meditando los quinze misterios [...]. Despues hazia examen de su conciencia, recorriendo los empleos de aquel día, y las horas una a una [...]. Apuntava las faltas, que le parecían dignas de exponerse en la Confesión; y de todas se reprehendía, y se castigava con crueldad [...]. Acabado el examen y la disciplina, se arrojava duramente sobre la tierra, y bolvia a su Oracion dilatada, y afectuosa: gran parte de ella consagrava a su confussion propia.³⁴

En esos años entraron en su vida algunos religiosos destinados a influir decisivamente en él, como fray Juan de Tejada y sobre todo, por la trascendencia que tuvieron para su futuro, los jesuitas Pedro Fabro y Antonio Araoz. Frecuentaban su casa y mantenían con Francisco de Borja largas conversaciones, convirtiéndose en amigos personales y en consejeros espirituales. Al comparar la vida que él llevaba con la vida de Cristo, se suscitó en Borja un vivo deseo de cambio: «¿Quién es Dios y quién soy yo? Él abatido, yo honrado; Él muerto en cruz por mí, yo vivo; Él con llagas y yo sin ellas; murió por mí, y no soy capaz de entregarme a Él».

Como fruto de su conversión, el régimen de vida que llevaba varió completamente. Según su biógrafo Cienfuegos, una especial iluminación recibida la Nochebuena del año 1539 le cambió totalmente; en agradecimiento al favor divino que había recibido comenzó a ayunar diariamente:

Se resolvió a dexar las Cenas, y a no gustar Manjar alguno, ni aún beber Agua, sino sólo cada veinte y quatro horas [...]. Guardó este estilo la mayor parte de su vida, hasta que en los ultimos años le obligó la obediencia a que tomasse alguna colación ligera. Llegada la Quaresma se determinó a observar otro Ayuno más estrecho, no comiendo sino unas yervas, o unas lentejas, dos tostadas de Pan y un Vaso de Agua, sin que este orden de comida huviesse jamás mudanza. Hizo lo mismo la Quaresma siguiente de el Año de quarenta y uno; y deseando con ansia estrechase a mas rigorosa penitencia, continuo un Año entero el mismo Ayuno, sin que ninguna ocasión, combites, ni ruegos le obligassen a gustar ligeramente otros Manjares mas cultos. Porque deseava castigar en la misma materia los excessos, que dezia aver hecho en Banquetes, y regalos, y de esta suerte le quedaba libre todo el tiempo de la Noche, para regalar en la Oración su espíritu.³⁵

Ayunaba en privado y ayunaba en público, cosa mucho más meritoria, pues su cargo de virrey le obligaba a mantener la buena mesa en su casa y a asistir a espléndidos banquetes:

No era aun esta penitencia el mayor milagro, sino el aver de mantenerla a vista del Mundo, y a despecho de la censura, y de el dictamen de tanto Cortesano: porque el Baston que empuñava, el País en que vivía, y su misma grandeza, le precisavan a tener Mesa esplendida en Barcelona, a que concurrían siempre los principales Cabos, muchos Titulos, y Cavalleros; y era sin duda admirable espectáculo al Cielo ver un Grande, Virrey, en floreciente

34. *Ibidem*, p. 73.

35. *Ibidem*, p. 76.

Edad acompañado en la Mesa de toda la flor ilustre, formando como un Vergel de la Nobleza Catalana, comer unas solas yervas, mientras los Combidados iban gustando de los platos mas exquisitos.³⁶

A los ayunos sumó sangrientas penitencias:

Vestíase un cilicio tan aspero, que asegura el Padre Dyonisio, causava horror el ver este y otros instrumentos, que siendo Virrey tenia guardados con llave secreta para su Martyrio. Además de esto se apretava una cinta de hierro a modo de cadena, inmediata al cuerpo, con púas penetrantes, que le afligían mucho [...]. Todas las noches tomava una sangrienta disciplina, después de examinar la Conciencia [...]. Era copiosa la sangre que derramava con tan repetidos duros golpes de la disciplina [...]. En su Oracion estava siempre postrado, pegado el semblante contra una estera en el suelo.³⁷

A estos severos ayunos y penitencias añadió la costumbre de hacerse sangrar frecuentemente, para debilitar todavía más su cuerpo y dominar sus pasiones. Tanto rigor le hizo adelgazar de manera radical. El joven orondo y satisfecho dio paso a un hombre enjuto de apariencia ascética:

Enflaquecióse tanto aquel Jayan cuerpo, que se transformó de Gigante membrudo en palido esqueleto; antes era menester abrir en la Mesa un circulo espacioso, donde poder introducirse para comer sentado a ella; y después parecía aquella imagen triste, en que nos representan los pinceles con alguna viveza la muerte.³⁸

Pero el exceso de rigor acabó por minar su salud ya delicada:

Tan riguroso ayuno, y tanta aspereza de vida hizieron estrago lastimoso en aquella complexión, aunque robusta, criada con delicadeza. Y así maltratadas todas las Oficinas de la vida, el estomago, el pecho y la cabeza, se le recrecieron enfermedades agudas incurables y prolixas, que solo pudiera aver durado tanto tiempo a fuerza de un continuado prodigio.³⁹

DUQUE DE GANDÍA

En 1543 murió su padre y Francisco de Borja se convirtió en cuarto duque de Gandía y grande de España.⁴⁰ Tenía treinta y dos años. Desde entonces solicitó insistentemente al emperador que le permitiera ir a Gandía para hacerse cargo de su herencia y asumir sus nuevas responsabilidades. Carlos V, que se resistió primero a concederle licencia y le mantuvo en Barcelona atendiendo a las obligaciones de su cargo, acabó por cesarle como virrey de Cataluña y dejarle libre. La decisión real satisfizo las necesidades primordiales del nuevo duque, pero le provocó un gran disgusto el modo de cancelar sus servicios sin grandes muestras de satisfacción ni agradecimiento, cosa sensible para un hombre que había tratado de servir con la mayor lealtad.

Francisco de Borja se fue a su ducado de Gandía, del que estaba ausente desde hacía muchos años. El viaje fue lento a causa, como él escribía, «del traer tantos niños». Llevaba consigo a su familia, su esposa, sus ocho hijos y su cuñada; además le acompañaba su capellán y un séquito de

36. *Ibidem*, p. 77.

37. *Ibidem*.

38. *Ibidem*, p. 78.

39. *Ibidem*.

40. Enrique GARCÍA HERNÁN, *Francisco de Borja, Grande de España*, Valencia: Institutió Alfons el Magnànim; Diputació de València, 1999.

servidores y criados.⁴¹ Se alejaba de la corte y de la vida política, pero todavía con esperanzas –sobre todo su esposa– de regresar al servicio imperial. Carlos V pensaba devolverles a la corte y para ello proyectaba nombrar a los duques servidores de cámara del príncipe Felipe, casado por aquellas fechas con la princesa María Manuela de Portugal. Pero los reyes portugueses, Juan III y doña Catalina, se opusieron tajantemente al nombramiento, porque no deseaban la presencia de doña Leonor de Castro junto a los príncipes de Asturias y por la forma en que se había tomado la decisión, sin consultarles previamente. Con un gran disgusto, especialmente de doña Leonor, los duques de Gandía renunciaron a volver a la corte. Acababa así su vida cortesana y comenzaba una etapa de vida noble, pero alejada de los grandes cargos de orden político, una vida en el ducado de Gandía.

Asumió entonces Borja sus responsabilidades como señor. Aunque era partidario de una vida sencilla y austera, mantuvo el alto nivel propio de un duque de Gandía y grande de España, no sólo por cumplir con su deber nobiliario, sino también en atención a los servidores y criados de la casa:

Luego que llegó recogió la Familia de su Padre, que havia quedado huérfana, por mas que el nuevo Duque no necesitaba de ella, teniendo surtidos todos los Empleos de grandes Criados. Mas que ya no se podían duplicar los Oficios, creció los Oficiales, no queriendo que perdiesen los grados ni el carácter que hubiesen tenido en servicio del Duque muerto ni tampoco quiso arrojar de ellos a los suyos, pues no avian de ser menos dichosos, porque él huviesse heredado sus Estados, assi tenía dos Cavallerizos, dos Mayordomos, dos principales Secretarios, y a esta proporción los demás exercicios. Dezia que esta era su primera obligación antes que otras limosnas públicas y secretas; y que a los Criados antiguos de un Príncipe difunto les queda como legado la benignidad del Heredero.⁴²

Se dedicó diligentemente a reorganizar su ducado, a administrar su importante patrimonio y a cuidar de sus vasallos. Según escribe Cienfuegos:

Fue a reconocer las Villas, y Pueblos de sus Estados, derramando por todos ellos liberalidades y exemplos: Ordenó muchas cosas para utilidad común y Gloria de Dios [...]. Reformó varios desórdenes, batalló con los escándalos, armado no solo de los castigos sino mucho mas de los favores y de los alhagos; porque su apacible genio y su pecho generoso entravan a disponer los corazones, para que abrazasen con gusto las Leyes.⁴³

Se preocupaba cuidadosamente de la administración de su casa y de su patrimonio:

Pagava con puntualidad, y exacción a sus Criados; deuda en que son acreedores, la Piedad y la Justicia: Visitava con amor a los que estaban Enfermos y les asistía con Médicos, remedios y socorros.⁴⁴

Revisaba puntualmente las cuentas y recibía en audiencia a todos los que lo solicitaban:

Tenía algunas horas señaladas para asistir a la Contaduría; y lo que es mas admirable, por menos practicado en el Mundo; ajustava todos los días sus quantas, y hazia que sus deudas durassen menos [...]. Asistía frequentemente a dar Audiencia, sin negarle al más rústico en ella.⁴⁵

Se preocupaba mucho de todos los enfermos:

41. MHSI *Borgia*, VI, p. 84.

42. CIENFUEGOS, *La Heroyca vida...*, p. 102.

43. *Ibidem*, p. 105.

44. *Ibidem*, p. 103.

45. *Ibidem*, p. 105.

Hizo que todos los días viniese el Medico al principio de la comida a dar cuenta de los enfermos que huviese en la Ciudad, y por los contornos, para embiarles de su Mesa los Manjares mas delicados; y a los que fuesen pobres, toda la comida que ordenassen los Medicos. Informavase individualmente de sus males, y accidentes, para asistirles con remedios, limosnas y oraciones.⁴⁶

Tal era su preocupación por la sanidad de su ducado de Gandía que reformó y mejoró el Hospital:

Reedificó a su costa el Hospital de Gandía, que amenazava ruyna, mas enferma su antigua Fabrica, que los dolientes que hospedava: Hizole capaz, no solo de muchos Enfermos, sino de albergar Peregrinos: puso en él nuevas Camas, halajó todas las Oficinas, asistiendo él mismo pródicamente a la disposición de este Edificio.⁴⁷

También se ocupó de asegurar la defensa del ducado, frente a los continuos ataques de los corsarios y piratas berberiscos, mantuvo guarniciones de soldados, reforzó y mejoró las fortificaciones, dotándolas de artillería pesada, obras «en que gastó el Duque mas de quarenta mil ducados».⁴⁸ Consideraba que era su deber garantizar la vida y los bienes de sus vasallos.

Especial preocupación tenía por la educación. Este interés, sumado a su cada vez mayor devoción por la Compañía de Jesús, le llevó en 1545 a fundar el colegio jesuita de Gandía, dedicado a ofrecer conocimientos y sobre todo formación religiosa a laicos y clérigos. Especial preocupación sentía por sus vasallos moriscos y por su educación en la fe católica. Cuestión primordial era siempre para Francisco de Borja la religión:

Puso gran cuidado en lo que sirve más inmediatamente al Culto Divino, Vasos, Ornamentos Sagrados, y otros adornos, con que enriqueció los Templos. Ni se olvidó de la Música, ennobleciendo con ella la Iglesia Mayor de Gandía, y trayendo desde lexos diferentes Musicos primorosos.⁴⁹

También se ocupó de ayudar y proteger a las órdenes religiosas y frecuentaba los monasterios y conventos de Gandía y alrededores:

Socorría mucho los Monasterios, trataba familiarmente con los religiosos, iba algunas veces al Santo Monte de Luchente a tratar con los Padres Dominicos [...]; en Santa Clara de Gandía tenía su espíritu las delicias, teniendo mas parentesco con aquellas Almas.⁵⁰

Hacía muchas limosnas, discretamente: «Parecía imposible, que llegasen sus rentas para tantas limosnas, que unas eran ocultas, otras disfrazadas en generosidad del Señor».⁵¹ Según decía el propio Borja, «antes había que faltar dinero en palacio que a los pobres».

Se ocupó igualmente de su casa, mejorando el palacio ducal que había recibido en herencia de sus antepasados: «Dilató su Palacio, haciendo todo el Quarto que llaman de las Coronas, el que da Magestad y hermosura a su máquina».⁵² Dotó a la casa de una buena biblioteca, especialmente

46. *Ibidem*.

47. *Ibidem*, p. 120.

48. *Ibidem*.

49. *Ibidem*, p.120.

50. *Ibidem*, p. 105.

51. *Ibidem*.

52. *Ibidem*, p.120.

de libros religiosos: «Juntó una gran librería de todas las Buenas Letras, de las Ciencias y las Musas Sagradas». ⁵³

Importante era también su dedicación a la familia, mucho mayor si cabe que en los tiempos en que sus obligaciones cortesanas y virreinales le reclamaban. Se ocupó de dar una buena educación a sus hijos, que tenían como ayo al maestro Francisco de Saboya. Pero se preocupaba especialmente de dar ejemplo de vida espiritual, dirigiendo a su familia hacia las prácticas religiosas:

Con el exemplo, y cuidado de su Cabeza andava concertada y devota su Familia, Girasol perpetuo de las acciones de su Dueño; ninguno avia que no tuviesse destinado algun tiempo a la Oracion y a los documentos de un Libro espiritual: Confessavanse las principales Fiestas, oían Missa todos los días, asistían a los Sermones y a la Letanía, rezaban el Rosario a coro, hazian cada año los ejercicios de San Ignacio [...]. Avia desterrado de su Palacio hasta la sombra de los vicios; sus trages ningún color tuvieron de profanos. ⁵⁴

No sólo se ocupaba de su esposa y de sus hijos, sino también de los criados:

Visitaba cerca de la media noche los Cuarteles de su Palacio, caminando silencioso con un farol en la mano, y otro en el pecho; y baxando hasta las más humildes Oficinas, donde podían guarecerse con menos registro las insolencias, sirviendo este cuidado a sus Lacayos de freno, y de centinela al decoro de su Palacio. Cada noche se contaba un Exemplo, sacado con brevedad de la Vida de algún Santo. ⁵⁵

Conservó la costumbre ya establecida durante sus años de virrey en Barcelona de aprovechar la sobremesa para hablar con su familia y para instruirles a todos en temas espirituales:

Hazía a toda su Familia varias Platicas espirituales sobre mesa, mientras sus Hijos estaban comiendo, porque el Duque daba fin a su regalo muy al principio: Preguntava a cada uno la ilustración, o pensamiento que en la Oración mas eficazmente huviesse experimentado; y después de haver oído a tres o quatro, empezava el Duque a romper en luz y en llanto el silencio, refiriendo alguna ilustración, con que huviesse regado su Alma la liberalidad Divina [...]. En tan útil y fervoroso ejercicio servia a su Familia de exemplar y de Maestro; la instruía en los puntos y modos de orar [...]. Recurrían a él con sus dudas, con sus aficciones y escrúpulos, hecho Padre Espiritual también de sus Hijos y Criados. ⁵⁶

Su mujer y sus hijos nunca le dieron ni grandes problemas ni grandes disgustos. Muy conflictiva fue, en cambio, su relación con la segunda esposa de su padre y con sus hermanastros. La viuda le reclamaba continuamente apoyo económico y la vida turbulenta de algunos de sus hermanastros le ocasionaría grandes quebraderos de cabeza. En realidad, Francisco de Borja hubo de ocuparse de dos familias, la de su padre y la suya propia, por lo que sus rentas, aunque eran importantes –Cienfuegos las calculaba en 40.000 ducados del ducado de Gandía y 10.000 más de una encomienda y otras mercedes del emperador, en total no llegaban a 50.000 mil ducados–, quedaban muy cargadas: «Los alimentos que daba a la Duquesa Viuda, la educación de tantos Hijos, las dotes de sus Hijas, Marquesa de Alcañizas y Condesa de Lerma, el gasto de dos familias dilatadas, eran bastantes acreedores a estas rentas». ⁵⁷ «Puso rentas fijas a tres de sus Hijos, impuestas de caudal propio, y separadas del Estado». ⁵⁸

53. *Ibidem*.

54. *Ibidem*, p. 103.

55. *Ibidem*.

56. *Ibidem*.

57. *Ibidem*, p. 123.

58. *Ibidem*, p. 120.

En 1546, su esposa doña Leonor, que tenía una salud muy delicada desde hacía años, enfermó gravemente. Pese a todos los cuidados médicos y las oraciones de su esposo, murió el 27 de marzo de ese año. Como viudo, Francisco de Borja se sintió más libre para seguir sus inclinaciones religiosas. Deseaba entregarse completamente al servicio de Dios:

Plazca al Señor os dé a entender a todos, con acción de gracias, qué gran cosa es que le llame a uno para servirse de él, sin tener necesidad alguna de él, poniéndolo en los negocios en que se puso Él, y encomendó a su sacratísimo Hijo.

Comenzó a pensar en entrar en la Compañía de Jesús, pero la juventud de sus hijos le retuvo por algún tiempo; el menor de ellos tenía sólo ocho años cuando murió su madre. Decidió esperar al menos a que su hijo primogénito, Carlos, alcanzara la edad suficiente para heredar el título de duque de Gandía en condiciones de poder asumir los deberes y responsabilidades que conllevaba.

Francisco hizo los Ejercicios espirituales en mayo de ese mismo 1546 y tomó la decisión de ingresar en la Compañía de Jesús. El 2 de junio siguiente pronunció los votos de castidad y obediencia. El padre Pedro Fabro, que se hallaba en Gandía, a su regreso a Roma entregó a Ignacio de Loyola una carta de Borja, en la que este le pedía formalmente su admisión en la Compañía de Jesús. San Ignacio ratificó su decisión, admitiéndolo oficialmente en la orden; pero en la carta que a continuación le escribió le decía estas palabras: «El mundo no tiene orejas para oír tal estampido», por lo cual le aconsejaba que conservase en secreto su propósito mientras arreglaba los asuntos domésticos y procuraba sacar el grado de doctor en teología.

El 1 de febrero de 1548 hizo su profesión solemne como jesuita, aunque fue autorizado por el papa a permanecer en el mundo hasta que hubiera cumplido sus obligaciones como padre de sus hijos y como señor de sus vasallos. Antes de ordenarse sacerdote tuvo que dejar a toda su familia –19 hermanastros y 8 hijos– en una buena posición social, condición exigida por Ignacio de Loyola. Se hizo jesuita en secreto y comenzó a vivir en privado como tal, mientras seguía aparentando en público ser el duque de Gandía.

Nada le apartaba de un intensa vida religiosa personal, con grandes ayunos y penitencias:

Ordenó el Duque su vida con mas estrechas máximas, singularmente después que entregó todas las riendas del alma a la dirección de la Compañía. Aumentó la Oración, en que persistía desde las dos de la mañana hasta las ocho, y en la tarde y tiempo de la noche casi otro tanto, las mas veces postrado en el suelo con el ultimo abatimiento. Tenía una tarima de tablas al pié de la cama cubierta con una alfombra, duro catre, en que descansava mal [...]. De sus disciplinas son fieles testigos las paredes de aquel aposentillo [...]. El cilicio era un vestido de hierro, de que nunca se halló desnudo [...]. Su comida era asombroso ayuno, hasta que le moderó San Ignacio; comía sólo unos garbanzos, y acabava solo con unos anises, que le avian ordenado los Medicos, prodigioso ayunar entre las opulencias de su Mesa en su Estado [...]. Quando se consagró a la Compañía, quedando con las insignias de Duque, Comulgava cada día en su Capilla, o en el Monasterio de Santa Clara, sino los Domingos, y otras Festividades, que Comulgava en la Iglesia Mayor. Confessavase dos vezes cada día, una antes de Comulgar, y otra antes de dormir [...]. Por las tardes dedicava algunos ratos enteramente a Libros devotos; leía en la Escritura Sagrada.⁵⁹

Tan extremas eran sus penitencias que su salud se resintió. Enterado Ignacio de Loyola, le ordenó que moderase el rigor de sus ayunos y disciplinas. Francisco obedeció, pero su vida continuó siendo muy austera y mortificada.

59. *Ibidem*, p. 102.

En una época en que el vestido era uno de los signos principales de la condición social, vestía de manera muy sencilla, absolutamente impropia de un noble:

Andava tan pobremente vestido, que hasta el traje de Duque quisiera hazer religioso: El P. Rafael de Texeda, que estuvo por este tiempo en Gandía, en una carta al P. Dioniso Vázquez, escrita en onze de Mayo de 58 desde Plascencia. Dize estas palabras: Al Padre Francisco le conocí siendo Duque con un traje muy pobre, andava vestido de estameña, y muy rota, aviendo harta murmuración assi en Seglares, como en Eclesiasticos, mas amigos de el Mundo, que él, mas nunca por esto mudó, ni mejoró su vestido.⁶⁰

Se ocupaba de los menesteres más humildes, como del oficio de la cocina, considerado entonces oficio de mujeres y de criados, impropio de personas de calidad. Según explica Cienfuegos, con ocasión de hallarse enfermo el padre Araoz en una visita que hizo a Gandía, quiso Francisco de Borja cuidarle y servirle:

Una noche que había pasado a su aposento a visitarle, se fue desde él a la Cocina; avivó el mismo la lumbre, puso a calentar agua en que coció dos huevos el Duque Santo, que avían de ser la cena del enfermo: subió luego él mismo, rogándole que los comiese, por ser de su mano; y que perdonase si estuviesen duros, porque eran los primeros que avia cocido. Pero no fueron los últimos, porque después exercitó esta habilidad diversas vezes en las Cocinas de otros Colegios, y aun ahora, siendo Duque de Gandía, servia la cena y la comida muchos días a los misioneros, que venían de apacentar sus Vasallos en los Pueblos circunvezinos.⁶¹

Deseoso de estudiar teología, conforme requería su nueva condición de jesuita y le había sido mandado por Ignacio de Loyola, decidió estudiar en el colegio de Gandía, aprovechando así el tiempo que debía esperar hasta incorporarse abiertamente a la Compañía de Jesús. El duque jesuita volvió a los años jóvenes y de nuevo se convirtió en estudiante:

Aplicose desde luego al estudio como mandaba Ignacio: y aunque en sus primeros años avia estudiado diligentemente la Philosophia, volvió a despertar las especies, que avia depositado fielmente en su memoria [...]. Para esto dexó el Gobierno de Palacio al Marqués su Hijo, exercitando desta suerte su talento, y estando a la vista para encaminar sus años juveniles a los aciertos de la prudencia [...]. Retirose a un Quarto, que para este fin edificó junto al Colegio, dexando su real nido, y llevando consigo pocos Criados y dos de sus Hijos, que vivían en dos aposentillos del Colegio, no de otra suerte que si fuesen dos Novicios fervorosos [...]. Pasó luego a oír Theología Sagrada, asistiendo entre los Hermanos Estudiantes de la Compañía, y otra Juventud forastera a las Lecciones públicas, repitiéndolas con los demás Condiscipulos, respondiendo a las preguntas de sus Maestros, sustentando Conclusiones, y haciendo sus Actos públicos, como uno de los mas rendidos discípulos [...]. Ver a Borja, Duque de Gandía, en treinta y siete años de edad, después de Virrey de Cataluña, después de aver manejado los intereses políticos de la Monarchia, después del valimiento con todos los cuidados, y con todo un corazón de todo un Carlos Quinto, verle, digo, en la turba de las Escuelas, entre las flores de los pocos años escribir lo que dictaban sus Maestros.⁶²

Se graduó de maestro en Filosofía y doctor en Teología sagrada.

En 1550 se hizo pública su incorporación a la Compañía de Jesús. Francisco de Borja, con el permiso del emperador Carlos V, cedió todos sus títulos y bienes a su hijo, Carlos de Borja y Aragón, dejándole casado con Magdalena Centelles y Folch de Cardona, que acabaría heredando el

60. *Ibidem*, p. 151.

61. *Ibidem*.

62. *Ibidem*, p. 136.

vecino condado de Oliva. Don Carlos mantendría Gandía como uno de los núcleos señoriales más destacados de la monarquía española del siglo XVI. El 31 de agosto de 1550, Francisco de Borja, tras despedirse tiernamente de sus hijos, dejó Gandía para no volver jamás. Francisco, el jesuita, iba camino de Roma, camino de una nueva vida.

JESUITA

En 1550, Francisco de Borja comenzó la última y definitiva etapa de su vida, como jesuita. Una etapa larga, que abarca un cuarto de siglo. Al hacerse pública su condición de jesuita ya no había de conservar las apariencias y podía, como así hizo, entregarse completamente a una vida rigurosa y penitente. El viaje desde Gandía a Roma marcaría la pauta del Francisco caminante, pues a partir de entonces una parte importante de su vida transcurriría en los caminos.

Según escribe su biógrafo Cienfuegos:

El orden de vida que guardó en esta jornada fue de un Peregrino Santo; hasta en lo material era con admirable concierto, porque iba siempre algún trecho delante un Criado práctico en el camino, para señalar a los demás el rumbo; mientras otro caminava perezoso, reconociendo los Payses, y los Mares, y sirviendo de escolta a tantos Baxeles; y toda esta providencia fue bien necessaria en varias Provincias, infestadas de Enemigos, y de riesgos. Formava aquella Tropa lucida una Congregacion Religiosa, puesta en hilera, y casi muda: aviase dispuesto desde el principio, que fuesse perpetua la Oracion, todo el tiempo que durasse la jornada, repartidas las horas con igualdad entre el Duque, su Hijo, y los nueve Jesuitas: llevaba uno el Relox, y en señalando la hora, se le avisava que seguía, el qual se alexava algun tanto de la Tropa, para que su Oracion fuesse menos interrumpida [...]. Mas el Santo Duque iba absorto, como si cada hora fuesse la en que le tocava velar orando. Su vestido era modesto, inclinando mucho azia el Estado Ecclesiastico; al fin gala de un Duque Religioso.

Algunos ratos hablaban sosegadamente de cosas Espirituales [...]. En las Posadas se retirava con los Jesuitas a un Aposento, queriendo que asistiese también su Hijo; leíase en alta voz algun Libro devoto, y el Santo Duque apenas dexava de la mano las Obras de S. Dionysio. Tenian sus Platicas los mas de los días, que se repartían entre el Padre Araoz, el Padre Oviedo, el Padre Estrada, y alguna se hallaba obligado a platicar el Duque de Gandía, por mas que su humildad lo rehusava. Hazian luego el examen juntos; y después buscaba el Duque lugares retirados, en que su devoción pudiesse dilatar los suspiros; y tomava todas las noches una larga disciplina, mientras los Compañeros, y los Criados estaban profundamente dormidos [...]. Después se confesava, oia Missa, y Comulgava [...]. Recogia algunos Pobres a su Posada, y les servia a la Mesa, siendo este todo el descanso de la fatiga en tan prolixa jornada. En diversas ocasiones, encontrando humildes Peregrinos, o Passageros, les dava su Cavallo, y él se iba a pié algunas leguas con grande fatiga, sin permitir que se apeasse alguno de sus Criados, porque no quería que su humildad fuesse mortificación agena; acción digna de ser señalada con caracteres de oro en la Historia, ver al mayor Valido del Cesar Carlos Quinto caminar tantas leguas embuelto en sudor, y en polvo al pié de un Bruto, sobre el qual iba caballero un Mendigo.⁶³

Tras un largo viaje, el 23 de octubre arribó a Roma y se puso a los pies de Ignacio de Loyola. En la ciudad eterna fue acogido con grande aparato por los representantes del papa y de las más significadas personalidades; pero pronto se hizo pública, ante la sorpresa general, su determinación de vestir la sotana de la Compañía de Jesús y de dejar los suntuosos palacios que le ofrecían para su alojamiento, prefiriendo retirarse a la pequeña residencia de los jesuitas, cerca de Santa María de la

63. *Ibidem*, p. 157.

Estrada. De extraordinario fruto para su alma fueron las largas conversaciones que tuvo entonces durante cuatro meses con Ignacio de Loyola. Según decía Francisco, Ignacio se le representaba como un gigante, al lado del cual todos los demás, incluyendo al mismo Fabro, eran como unos niños.

Después de unos meses, el 4 de febrero de 1551 dejó Roma. El 4 de abril llegó a Azpeitia, en Guipúzcoa, y eligió como residencia la ermita de Santa Magdalena, cerca de Oñate, donde se retiró para prepararse para el sacerdocio. Fue ordenado sacerdote el 25 de mayo. Celebró su primera misa en Loyola y cantó otra en Vergara con gran solemnidad. De inmediato comenzó a predicar una serie de sermones en Guipúzcoa, con el fin de reavivar la fe del país –«Apóstol de Guipúzcoa», le llamarían. Se habló mucho en España de este cambio de vida y Oñate se convirtió en lugar de peregrinación. Francisco se vio obligado a apartarse de la oración contemplativa que deseaba, con el fin de predicar en las ciudades y pueblos que lo reclamaban. Sus ardientes palabras, su ejemplo de vida e incluso su mera presencia causaban una profunda impresión. Aunque deseaba una vida tranquila y retirada, se vio forzado a llevar una vida de predicador itinerante.

Conociendo Ignacio de Loyola las dotes de gobierno de Francisco y la necesidad que tenía la Compañía de Jesús en España de un hombre de gran prestigio que la acreditara e introdujera entre los círculos de la más elevada sociedad, nombró a Francisco, en 1554, comisario general, con autoridad para toda España y Portugal, que más adelante extendió a todos los dominios de ultramar. Para Borja, que, después de renunciar a todas las grandezas, no deseaba otra cosa que predicar humildemente a Cristo, este cargo significaba la mayor contrariedad y mortificación; mas, con la sumisión que sentía hacia Ignacio, cargó con la cruz que la obediencia le imponía. De lo pesada que fue para él esta cruz es buen indicio lo que diez años después escribía: «Diez de junio. Hoy, décimo aniversario de la cruz que me impusieron en Tordesillas».

Los viajes de Francisco por España fueron continuos. Su vida cotidiana era fundamentalmente la de un caminante. Pasaba mucho tiempo en los caminos, padeciendo toda clase de incomodidades y peligros: «siendo ya bien entrada la noche, y a los últimos de Diciembre, volvió a montar a caballo, y se salió fugitivo a dormir en una venta, donde paso la noche sobre unos azes de Viznaga». ⁶⁴

Era fuerza andar errante por los caminos sin diferencia de tiempos [...]. Nunca admitió otro capote, que su manteo, ni contra las lluvias de Octubre, ni contra los rigores de el Diciembre: passaba montañas [...] cubierto con solo el manteo, que doblaba al rebés, para que asi pudiesse durar mas [...]. Nunca quiso unas botas, ni aun para hollar simas de nieve en las montañas [...]. Dezia que contra todas las inclemencias de el tiempo enojado era bastante escudo su sombrero. [...] Caminando a vezes mal convalecido, y otras enfermo, nunca se pudo recabar de Francisco, que se llevasse alguna prevención de cama, o de regalo; y dezia con mucha gracia, que él debía imitar a su mula, porque avia observado, que comía poco y trabajaba mucho. Cuydaba de los que iban en su compañía, y aún al mozo le ayudaba a cuidar de el ganado. Si encontraba algún Passagero que siguiesse a pie el mismo camino, descendia Borja y se iba hablando con él, para introducirle el desengaño en el corazón, y después le obligaba a subir en la mula, caminando el Santo a pie largo trecho con crueles dolores y con imponderable fatiga. ⁶⁵

Duro era el camino y duras eran las posadas, que no ofrecían cómodo descanso a ningún viajero y menos al sacrificado Borja:

64. *Ibidem*, p. 207.

65. *Ibidem*, p. 219.

Quando llegaba a la Posada calado de la lluvia, falta de sustento y de abrigo, y no hallaba cama, lumbre, ni cena, levantaba al Cielo las manos, y dava gracias a Dios [...]. Despues de recogidos sus compañeros, tenía otras tres horas de Oración [...]. Después de mucha Oración, y de haverse disciplinado por espacio de una hora, se recostaba en el suelo; y quando se hallava indispuerto, sacava un colchon, donde tomava algún descanso [...]. Y en la mesa no gustava manjar delicado, ni mas cantidad de la que hubiese de comer en el Refectorio.⁶⁶

Aunque fuese de camino dedicaba siempre mucho tiempo a la oración y procuraba por todos los medios decir misa cada día:

Dixo muchas vezes que se le hazian gustosas las penalidades de las jornadas, por el tiempo que le dexaban libre a la Oracion en los caminos sin ocurrencias de negocios. Toda la mañana iba empleado en este alto exercicio, caminando absorto, como si fuese sobre la mula un cuerpo difunto. Llegaba a la Posada algun tiempo antes de medio dia, y se iba indefectiblemente a la Iglesia, donde gastaba dos horas en la Missa; y en las gracias, como si no tuviesse aquel dia otro empleo, ni cuidado [...]. Rodeaba no pocas vezes muchas leguas, para llegar a pueblos donde huviesse Iglesia, y disposición para decir Missa [...]. Otras por no exponerse al riesgo de quedarse un dia sin aquel sustento Divino, passaba la noche en una venta, derribado en el húmedo suelo, para proporcionar el dia siguiente el viaje, de suerte que llegase a lugar y tiempo, que pudiesse ofrecer aquel admirable Sacrificio. Por la tarde caminaba en tropa con sus compañeros, hablando en materia de espíritu, aunque entretegia muchas discreciones, y chistes entre las virtudes. Mas al ver penetrar el monte una fiera, travesear las Aves en el viento, o tropezando algun sitio ameno, se solia arrebatarse de golpe [...] prorrumpiendo en alabanzas del Autor de esta Republica hermosa.⁶⁷

En resumen, los viajes eran fuente continua de penitencia:

Estas fueron las prevenciones y los regalos de sus viajes, dexando otros peligros, y trabajos de caídas y precipicios, y aún de ladrones, que no hallando otra riqueza, intentaron robarle el sufrimiento al alma: y tal vez amenazando con las pistolas, quisieron despojarle de la vida, que para Borja era la más despreciable alhaja de quantas traía.⁶⁸

Los años siguientes significaron para Francisco la práctica y ejercicio de la renuncia que había realizado al hacerse jesuita. Continuó ayunando y mortificando su gusto:

Después de Jesuita ayunaba también frecuentemente a pan y agua, hasta que le fue poniendo coto fixo la obediencia. Si comiesse en algun Palacio, solo tomava aquella cantidad que acostumbrava en el Colegio: y si podía mezclar sin reparo alguna amargura en la comida, lo executaba con destreza.⁶⁹

Desde un principio fue para todos el más perfecto modelo de pobreza y de humildad. Se entregó con la mayor dedicación a los más bajos oficios de barrer, limpiar, acarrear leña y ayudar en la cocina:

Mas donde derramaba mucha copia de esplendor su obediencia, fue la Cocina [...]. Obedecía tan rendido y tan prompto al Hermano Cocinero, quando baxaba a servirle en tan humilde exercicio, que no bolaria mas rápido por el viento en un precepto de Ignacio.⁷⁰

66. *Ibidem*, p. 220.

67. *Ibidem*, p. 219.

68. *Ibidem*, p. 220.

69. *Ibidem*, pp. 522-523.

70. *Ibidem*, p. 536.

Una vez más, el alimento, necesidad vital de todo ser humano, se convierte en la biografía de Francisco de Borja en signo de un estilo de vida, en estos casos, una vida de pobreza y de religiosidad, en la que el alimento es presentado como un don de Dios. Las casas de la Compañía de Jesús vivían en la mayor pobreza, y se cuentan numerosos ejemplos de cómo la Providencia solucionaba las necesidades de Francisco y sus compañeros:

Un Viernes estando Francisco en Valladolid en el Colegio de S. Antonio, ni avia comida, ni dinero alguno, ni el pan necesario. Dieron aviso a Borja, porque era ya cerca del mediodía; y el Santo haciendo gracias al Cielo, mandó al Hermano que tocase la Campana, y que fuesse repartiendo las yervas, y pequeños pedazos de pan entre todos: apenas avian tomado los asientos, quando llamaron con mucha fuga a la Portería; abrió el Hermano, y halló un anciano modestamente vestido, con una Criada, que traían Pan, vino, Pescado y Huevos en una canasta [...].⁷¹

Lo mismo sucedió en Simancas [...], porque aviendo quarenta sugestos en el Noviciado, poco antes de comer fue avisado Francisco de que faltava todo. Preguntó si huviessse por ventura un mendrugo de pan que poner en la mesa? Respondió el Hermano que havria solamente para seis; pues repartid, dixo el Santo, entre todos este Pan, que Dios tendrá cuidado de alimentar a sus Hijos [...]. Echóse la bendición y, sentados a la mesa, llegó un Hombre a la Portería con una acémila cargada de Pan, Vino, y Carne ya cocida, y dispuesta, de suerte que se pudo sacar luego al Refectorio [...].⁷²

En Sevilla llegó un día el P. Juan Xuarez, Rector de el Colegio, a Francisco, manifestándole su desconsuelo, en que siendo ya hora de tocar al examen de conciencia, y cerca de las onze de la mañana, no avia podido hallar comida alguna, que ni una libra de pan avia en casa, y que crecia su congoja, porque acabavan de llegar algunos Jesuitas, que venían a ser sus Compañeros, que entravan hambrientos y fatigados. Recogiose un poco en una como suspensión de espíritu el Santo Comisario; y luego mirando con alegre rostro al P. Xuarez, le dixo: Hazed tocar a examen, y después a comer, como se suele, pues la hora lo pide, y fiad de Dios. Después del examen, fue el mismo Rector confiadamente a tocar la Campana, y oyó que tocaban la de la Portería [...] y halló un Gentilhombre de Doña Isabel Galindo [...] que traía consigo un mozo oprimido de mucho peso, donde no solo venía comida sobrante para la Comunidad toda, y para repartir a los pobres en la misma Portería, sino también manteles, servilletas, y unas caxas de cuchillos, alhajas de que se hallaba totalmente destituido el Refectorio.⁷³

El alimento como signo de pobreza y de confianza en Dios resulta muy revelador del nuevo estilo de vida que Francisco de Borja, el antiguo grande de España, había asumido al hacerse jesuita: «Con estos exemplos esforzava Borja a sus Súbditos a no desmayar por falta de bienes de la tierra, a estender las alas de la confianza en la providencia».⁷⁴

Cuando sus obligaciones en la corte le apartaban de su vida sencilla y entregada a Dios, buscaba rápidamente la manera de apartarse de las distracciones cortesanas, como hizo en 1555 al retirarse a la casa de Simancas para escapar de la agitada vida cortesana de Valladolid. La vida de pobreza que Francisco llevaba en Simancas queda bien reflejada por Cienfuegos:

La Casa era tan angosta, que sola la caridad pudo hazer el milagro de estrechar tanto numero dentro de ella. Cada día llegavan nuevos sujetos de varias partes, y todos hallavan Aposento, como si se dilatassen las paredes del Colegio, al passo que dilatava su seno Francisco. Los tabiques, que dividían unos Aposentos de otros, eran unos espartos viejos, con que se iban estrechando fácilmente con el numero, no dexando mas capacidad, que la que necesitaba el mas humilde lecho. Aquí desquitava Borja todo el tiempo de Oración, que la Corte le embarazava:

71. *Ibidem*, p. 223.

72. *Ibidem*.

73. *Ibidem*, pp. 223-224.

74. *Ibidem*, p. 224.

aquí quebrantó nuevamente la salud en la penitencia: aquí salía por las Calles con un saco al ombro a pedir limosna, el que era dentro de su Religion Comissario General de España. Aquí servia al Hermano Cocinero en las humillaciones de su Oficina.⁷⁵

Vida pobre, comida pobre, vestido pobre:

Andaba Borja, assi en la Corte, como en Simancas, tan pobremente vestido, que ninguno le atendía sin extrañeza, o sin assombro: intentabanle un día que se calçasse unos zapatos nuevos y respondió que no eran necesarios, pues no tenían mas que dos años los que traía puestos. Embió el Marqués de Priego sotana, y manteo, vestido interior, y alguna ropa blanca a un compañero de el Santo, escriviendole, que dispusiesse mañosamente el modo de que se pusiesse aquella ropa el Padre Francisco: executólo assi el Compañero, deseoso de vestirse por reliquia alguna parte de el que dexasse el Santo Comissario. Aguardó a que estuviesse dormido, y robando lo que estaba mas destrozado, introduxo en lugar suyo lo que correspondía de el nuevo, esperando engañarle assi poco a poco. Despertó Francisco, reconoció luego aquella nueva parte de el vestido, llamó a su Compañero, que preguntado respondió que él le havia quitado para sí, porque le avia menester; pues tomad essotro, replicó Borja, ya que necessitais de alguno, y volvedme el mío; porque el pobre verdadero nunca ha de dexar el vestido de suerte que pueda servir a otro.⁷⁶

A pesar de todos sus trabajos y responsabilidades, Francisco de Borja nunca dejó de ocuparse en los menesteres más humildes. Especial atención dedicó siempre a los pobres y a los enfermos:

Mas donde su espíritu se excedió mucho fue en la asistencia de qualquiera enfermo: porque aquellas entrañas poseidas de la caridad derretían sobre qualquiera infeliz su cariño y su alhago. Cuydava del mas humilde horroroso exercicio, de que tal vez se desdenava el Enfermero. Ni era humildad solo la que le inducia a vivir en los Hospitales, donde no huviesse Colegio; sino el gusto de vivir entre sus amados pobres, y de asistir a los dolientes. Él barria los salones por la mañana: baxava a disponer él mismo la comida a los que estaban mas abandonados de la esperanza: desvelavase en la limpieza, cuidando de cada enfermo como si no huviesse otro en aquel sitio. Hazia las camas después con mucha fatiga de aquel cuerpo flaco [...]. Lavava los pies a muchos cada día, mezclando yerbas olorosas, y flores en el agua tibia, añadiendo luego segundo lavatorio con vino, después de aver enjugado el primero, ya con la tohalla, ya con su lienço mismo [...] y curava sus llagas con rara destreza [...]. Luego dobladas ambas rodillas junto al lecho, les cortava las uñas con raro acierto [...]. Traía los remedios que el Médico recetava [...]. El Hospital de Anton Martín en la Corte de España, fue gran teatro destas hazañas del Borja.⁷⁷

El esfuerzo de Francisco como comisario dio fruto. La intensa acción en los viajes realizados entre España y Portugal tuvo como resultado el rápido florecimiento de la Compañía de Jesús en España. En las principales ciudades se solicitaba a la orden para que se hiciera alguna fundación. A los siete años se había duplicado el número de colegios y de miembros de la orden. Sólo algunos momentos de descanso se permitió Borja. Entre 1559 y 1561, la estancia en Portugal estuvo enmarcada por su refugio en San Fins, un antiguo monasterio benedictino a las orillas del río Miño, monasterio que en 1548 fue unido al colegio de Coimbra.⁷⁸ Francisco de Borja, deseoso siempre de una vida retirada, escribía en 1560: «El Señor me da vivos deseos de morir en casa pobre, y no en

75. *Ibidem*, p. 240.

76. *Ibidem*, p. 242.

77. *Ibidem*, p. 512.

78. Enrique GARCÍA HERNÁN, «Francisco de Borja y Portugal», en *A Companhia de Jesus na Península Ibérica nos sécs. XVI e XVII. Espiritualidade e cultura*, 2 vols., Oporto: Instituto de Cultura Portuguesa; Universidad de Oporto, 2004, I, pp. 189-219.

Colegio; y en Roma y en Lisboa es corte, y así yo no podría alcanzar mi fin, si no es desta manera».⁷⁹ Pero una vez más no sería posible el retiro que ansiaba.

En agosto de 1561, Francisco de Borja fue llamado a Roma por el padre Laínez a instancias del papa Pío IV. En Roma fue acogido con el mayor afecto y durante algún tiempo permaneció allí, al lado del padre general Diego Laínez. Se dedicó a la predicación, y entre sus más asiduos oyentes se hallaban el cardenal Carlos Borromeo y el cardenal Ghisleri, el futuro papa Pío V. Pero pronto comenzó el padre Laínez a encomendarle asuntos de gobierno, con el fin de prepararle para el cargo de general de la orden. Cuando, en 1562, el general Laínez tuvo que partir para Trento en calidad de teólogo pontificio, nombró a Francisco de Borja vicario general de la Compañía de Jesús. Al regresar a Roma, Laínez, ya muy enfermo, continuó preparando a Borja para sucederle. Le nombró asistente para España y Portugal y superintendente de las casas de Frascati, Tívoli y Amelia. Durante unos meses residieron ambos en la villa de Frascati, que fue un hermoso y tranquilo retiro para ambos. Finalmente, al fallecer Laínez el 19 de enero de 1565, Francisco fue elegido para sucederle en la dirección general de la orden. El día de la elección, el 2 de julio, Borja escribió en su diario: «El día de mi cruz». Y pocos días después añadió: «Me ofrezco por la Compañía, sangre y vida».⁸⁰

GENERAL DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Francisco de Borja fue el tercer general de la Compañía de Jesús, tras Ignacio de Loyola y Diego Laínez. Durante los siete años, de 1565 a 1572, que gobernó como general a la Compañía cumplió plenamente su cometido, contribuyendo al perfeccionamiento y crecimiento de la orden. Sus dotes de hombre de gobierno, sus conocimientos y amistades con muchas de las principales personalidades de su tiempo, el prestigio que en todas partes disfrutaba, junto con su espíritu de trabajo y sacrificio y las heroicas virtudes que ejercitaba, todo ello contribuyó a dar una eficacia decisiva a las obras que emprendió. En el discurso que pronunció al ser elegido general se comparó con un «jumento», un animal de carga, declarándose dispuesto a llevar el peso de la Compañía, pero solicitando humildemente la ayuda de todos para poder hacerlo. «Voy adelante con la carga a costas y la salud mediana» —escribió tiempo después. Francisco aceptó cargar con la cruz y la llevó, día a día, hasta el final.

Como general continuó viviendo en la más rigurosa pobreza, tratando de no contaminarse del lujo y el boato que dominaba en Roma. Como señala Cienfuegos en su hagiografía:

Su cama, su comida, y su aposento eran tres grandes testigos y tres Oradores mudos de esta virtud heroica, no se hallando en su aposento alhaja, que si se mirase con atención, no moviese a lástima, y a la risa. La pared desnuda, como que dexaba todo el blanco a las hazañas de Borja: nunca tuvo otra silla, que de la madera más tosca, mal tejido el respaldo de ella, sin querer admitir otra alguna, aunque huviesse de entrar algun Embaxador, Cardenal o Príncipe a ocuparla [...]. Y buscaba siempre la cama mas pobremente dispuesta, que cupiesse en el uso común de la Compañía.⁸¹

Si su aposento era muy pobre, igualmente pobre era su vestuario, que rayaba lo miserable:

79. PIERA, *Francisco de Borja...*, p. 179.

80. SAN FRANCISCO DE BORJA, *Diario Espiritual (1564-1570)*, edición crítica, estudio y notas de Manuel Ruiz Jurado, S. J., Bilbao; Santander: Mensajero; Sal Terrae, 1997, pp. 219-220.

81. CIENFUEGOS, *La Heroyca vida...*, p. 540.

Y a la verdad el vestido siempre grossero, siempre gastado, y casi siempre roto causaba no pequeña admiración [...]. No vestía, ni aun en el rigor del Invierno, sino un juboncillo de lienço, la sotana del paño mas tosco, tan ajado, tan roído del tiempo [...]. Él mismo tomaba la aguja en la mano, y cerrado en su aposento unia groseramente los pedazos del vestido, assi por exercitarse en tan humilde empleo, como porque si le entregasse al Hermano, observaría mas de cerca el estado lastimoso de aquella sotana o manteo [...]. El ceñidor era un orillo de paño burdo. Y porque el frío avia hecho grande impresión en la cabeza, le mandaron los Medicos abrirla: con que se vio precisado a usar un virretillo de un simple vocací negro [...]. Las medias padecían mortal dolencia, dexandose ver continuamente la carne viva, sin que se hallase bastante razón a persuadir a Borja, que admitiesse novedad alguna en la ropa que traía, pues tocaba ya el reparo en la decencia.⁸²

Todo lo que usaba, todo lo que le rodeaba debía ser igualmente pobre. Ahorraba incluso el papel, aprovechando cualquier retazo para sus escritos, y ello a pesar de que debía escribir diariamente y que prefería poner las cosas por escrito mejor que tratarlas de palabra:

Escrivia sus Libros y sus Sermones en los sobreescritos de las cartas, partiendo a cada paso las líneas, porque tropezaban en otras ajenas: queriendo pagar este tributo mas a la suma pobreza [...]. Nunca fabricó sus Sermones con extensión prolixa; sino reducidos a breves apuntamientos en el blanco que dexa el sobreescrito de una carta; mas tan ordenados los puntos y los textos, que aun entre la confusión de ajenos rasgos se admiraba el orden armonioso de sus discursos. Si huviessse de escribir un papel sobre alguna dependencia, se valia también del poco blanco que hallasse libre en una carta. Y era muy frecuente en Borja esta tarea, assi porque apenas tuvo un día en que respirase sin opresión de alguna consulta: como porque con dos renglones se escapaba del embarazo de salir de casa, del desperdicio del tiempo en las ocurrencias, y ceremonias de una visita, robándose tanta parte de la vida humana. Y añadía, que si quisiese embiar quien dixesse su dictamen a boca, las mas vezes se erraba, perdiendo la pureza que en su origen tenía el dictamen, que corre de lengua en lengua.⁸³

Fue mucho lo que escribió como general de la Compañía de Jesús. El despacho de los asuntos le ocupaba mucho tiempo y le obligaba a muchas horas de trabajo con su secretario, el padre Juan Polanco, anotando y firmando documentos. Fueron innumerables las visitas que hizo y recibió y las cartas que tuvo que leer y escribir. La documentación y la correspondencia son testimonios importantes y fidedignos de aquellos últimos años de la vida de Francisco de Borja.⁸⁴ También escribió muchos sermones y escribió muy secretamente su diario y diversas notas sobre su vida espiritual. Dionisio Vázquez en su biografía señaló:

Una sola llave tenía y esta era de su escritorio. La cual nunca fio ni dio a su secretario ni a otra persona jamás. Debajo de ella (como si fuera un gran tesoro) guardaba dos géneros de cosas: las cartas y billetes de cosas muy secretas que de honras y de conciencias ajenas le llegaban de distintas partes. La otra cosa que guardaba en aquel escritorio eran los instrumentos de sus penitencias y mortificaciones.⁸⁵

También dedicaba algunos momentos a la música, su gran afición desde la juventud, más como consuelo que como distracción. Según escribió su biógrafo Dionisio Vázquez:

Y siendo ya General de la Compañía le vimos en una convalecencia de larga enfermedad que tuvo en Roma, componer y apuntar acertadamente el salmo 118, *beati immaculati in via qui ambulat in lege Domini*. Y cuando el dolor de la gota le fatigaba mucho, en lugar del ay, y de quejarse, a sus solas cantaba un salmo de David o alguna *caeli laetare*.⁸⁶

82. *Ibidem*.

83. *Ibidem*, p. 541.

84. MHSI *Borgia*, VII.

85. PIERA, *Francisco de Borja...*, p. 203.

86. *Ibidem*, p. 202.

Aunque siempre buscó dar al culto divino el máximo esplendor, los objetos religiosos de su uso personal debían ser pobres:

Hizo que le engastasen pobremente una reliquia, y porque le echaron un cerquillo de plata, nunca quiso admitirla. Lo mismo executó con un Agnus, que deseaba traer consigo; y le dexó porque no era de latón el cerco. Traía las cuentas de su Rosario ensartadas en una cuerda de vihuela: y a esta proporción era qualquier alhaja, de que usasse con frecuencia Borja.⁸⁷

Su actuación como general de la Compañía de Jesús se extendió realmente a todos los campos, y en todos ellos dejó marcada su huella. Uno de sus primeros cuidados fue organizar los noviciados. Convencido de que era necesario infundir y practicar el espíritu de oración, procuró fomentarlo en todas las formas posibles y señaló una hora para la oración diaria, así como también el tiempo destinado a las demás prácticas de piedad. Fue asimismo organizador y promotor de los estudios. Al ir por vez primera a Roma, había mostrado sumo interés por la fundación del Colegio Romano, proyectado por san Ignacio, y con la limosna que entonces dio puede ser considerado como su primer fundador. Como general contribuyó eficazmente a su organización definitiva.

Destacó también como promotor de grandes iglesias emblemáticas de la Compañía. Construyó la iglesia de San Andrés del Quirinal, que sería después remodelada en el siglo xvii, y comenzó la del Gesù, concebida inicialmente en 1551 por Ignacio de Loyola, para la que Miguel Ángel había realizado un proyecto. La construcción de la iglesia del Gesù se inició en 1568, según diseño de Giacomo Barozzi, llamado Vignola. La iglesia madre jesuita fue construida de acuerdo con las nuevas exigencias formuladas durante el concilio de Trento. Francisco de Borja solicitó a Vignola una iglesia que se adaptara a los propósitos de la orden, especialmente un amplio salón que sin obstáculos columnarios permitiera la visión absoluta del altar, y que éste recibiera la mayor claridad para lucimiento de las ceremonias litúrgicas y visibilidad del púlpito para la predicación en las misas, en los oficios litúrgicos y en los ejercicios espirituales; en cambio, en los costados de la nave se pedían capillas en penumbra para la práctica de la confesión. Seguramente se acordaba de las iglesias levantinas españolas de su tierra natal, que en el siglo xv contaban con nave única y capillas hornacinas, crucero con cimborrio y capilla mayor en lo alto de una escalinata, el modelo de muchos templos de estilo Reyes Católicos. Preocupado por la acústica, pues para él la música representaba un medio importante de inspiración religiosa, aconsejaba una techumbre de madera, convencido de que los artesonados mudéjares lograban mejor sonoridad, aunque el cardenal Farnesio, patrono de la fundación, se inclinaba por cubierta abovedada por más estética y segura. La nave del Gesù fue concebida como espacioso salón rectangular que abre a sus costados capillas embutidas entre los contrafuertes laterales, unas veces con arco de medio punto y otras adintelados, que quedan semioscuras, sin ventanas. Una bóveda de cañón, con arcos fajones y lunetos para altas ventanas, que cubren e iluminan la nave. La cúpula del crucero se apoya en pechinas que parten de pilares no achaflanados y en un alto tambor, cilíndrico al interior, ochavado externamente, con cuatro luminosas ventanas. El ábside es de planta semicircular. También diseñó Vignola un proyecto de fachada que posteriormente se cambió por otro de Giacomo della Porta. Con pocas modificaciones la iglesia del Gesù de Roma se convertiría en modelo para los templos jesuíticos y de otras órdenes de la Contrarreforma, tanto en Europa como en la América hispánica. Borja, además de poner en marcha el proyecto, siguió detalladamente los trabajos y acudía frecuentemente a ver los progresos de la obra.

87. CIENFUEGOS, *La Heroyca vida...*, p. 541.

Muy importante fue la labor de san Francisco de Borja en la propagación de la Compañía de Jesús y la extensión de su actividad en todo el mundo. Empleó el influjo que tenía en la corte francesa para obtener una acogida más favorable a los jesuitas en Francia, donde se fundaron en su tiempo ocho colegios. Se crearon tres en Alemania, cuatro en Italia, once en España y otros varios en diversas partes de Europa. Manifestó predilección por las misiones. Dio nuevo impulso y reorganizó las del Lejano Oriente y comenzó nuevas fundaciones en América, constituyendo las provincias de Méjico y Perú, y sobre todo la del Brasil. Su actividad alcanzó todos los campos. Así publicó una nueva edición de las reglas, terminada en 1567, y protegió a los escritores que comenzaban a dar renombre a la nueva orden.

Francisco iba haciéndose mayor y su salud se hallaba muy deteriorada. Padebió muchas enfermedades. Fiebres y dolores diversos le atormentaban continuamente. En 1568, la peste volvió a castigar duramente la ciudad de Roma y, a pesar de hallarse él enfermo, cuidó de los apestados hasta el agotamiento. Para recuperarse se trasladó a la villa de Frascati. Mejoró algo, pero se hallaba tan cansado que apenas podía escribir. Según escribió en una carta a su hermana, sor Juana de la Cruz, abadesa de las Descalzas Reales en Madrid, en octubre de ese año 1568:

Aunque por la gracia del Señor estoy mucho más aliviado, la flaqueza me ha quedado tan grande y las reliquias del mal tan ordinarias, que apenas me quedan fuerzas para poner mi firma en las pocas cartas que firmo.⁸⁸

Borja se ocupaba de la Compañía, pero su preocupación alcanzaba más allá. Tuvo también un influjo extraordinario en la Iglesia. Al lado de Pío V y de Carlos Borromeo, puede ser considerado como uno de los grandes promotores de la renovación católica. En 1568 movió al papa Pío V, con quien tenía gran ascendiente, para que nombrara una comisión de cardenales encargada de promover la conversión de los herejes e infieles. En junio de 1571, Pío V envió al cardenal Bonelli a una embajada a España, Portugal y Francia, y pidió a Borja que le acompañara. Además de contribuir a animar los preparativos de una liga contra los turcos, mostró la gran fama de virtud de Francisco. En todas partes acudían a su encuentro las gentes, ávidas de contemplar a un santo. Olvidados antiguos recelos, el mismo Felipe II le recibió con muestras de satisfacción. Pero su salud ya quebrantada, se resintió notablemente con las fatigas del viaje.

Tratando de dar siempre ejemplo de pobreza y humildad, rechazaba todo honor. Cienfuegos explica la actitud de Borja, negándose a disfrutar de los privilegios que le correspondían por su cargo de general de la Compañía de Jesús y enviado del papa:

Tuvo el Cardenal un combite estos días en Valencia, a que sin parecer grosera la templanza, no pudo negarse el Santo Borja: En él, valiéndose la humildad de la porfía, recabó del Legado que le dexassen no solo ocupar el asiento ultimo, sino comer en pié, y descubierta, acción que solo hubiera podido conseguir su llanto, pues a trueque de no verle tan afligido, fue menester que se le diese a su heroyco espíritu este consuelo: y es que deseaba ahora mas que nunca verse profundamente humillado, por estar en aquel noble sitio, donde antes avia sido el ídolo al respeto. Tampoco se pudo recabar del Santo, que entrase en la Carroza del Cardenal Alexandrino, ni que saliese algun día como Ministro del Papa a publico teatro: una vez que le fue preciso en Madrid concurrir a una funcion solemne con el Cardenal, iba tan confuso a su lado, que tropezaba en si mesmo [...] mirando con assombro la Corte de España aquella sangre Borja, que calentó repetidamente la Tiara, servir humildemente a una Purpura.⁸⁹

88. Carta citada por PIERA, *Francisco de Borja...*, p. 205.

89. CIENFUEGOS, *La Heroyca vida...*, p. 428.

La vuelta a Italia se fue haciendo cada vez más fatigosa. Pasó el verano de 1572 en Ferrara, donde su primo el duque Alfonso le cuidó con esmero; pero al fin tuvo que trasladarse a Roma en litera. El 3 de septiembre llegó a Loreto, donde descansó ocho días, y finalmente llegó a Roma a finales de ese mismo mes de septiembre. El largo viaje a España agotó las últimas fuerzas de Francisco. Tomás de Borja, el hermano menor de Francisco por parte de padre, que le acompañó desde España a Roma, relataba sus últimos días en una carta que escribió al V duque de Gandía, a su llegada a la ciudad eterna:

Llegamos domingo en la tarde, víspera de San Miguel; y desde el punto que entró dijo que daba gracias a Dios de que se acababa la jornada de la vida con la de la obediencia. Al fin, señor, desde el punto que entró en su casa, comenzó a no querer que se tratase de más que de aparejarse para lo que tanto ha que estaba aparejado, con mandar a los de la Compañía que la oración que de allí adelante hiciesen no fuese por lo que tocaba a su salud corporal, que las hiciesen indiferentes, porque él quería aprovecharse de ellas.⁹⁰

Después de unos pocos días de grave enfermedad, en la que dio ejemplo de piedad, humildad y paciencia, Francisco falleció durante la noche del 30 de septiembre al 1 de octubre de 1572.

Francisco de Borja quedó en la historia como un ejemplo de humildad y desprecio de las vanidades del mundo, y como figura esencial en el establecimiento definitivo de la Compañía de Jesús y en la reforma de la Iglesia católica.

90. PIERA, *Francisco de Borja...*, pp. 219-220.